

# Emilio Alarcos Llorach (1922-1998), ángel fieramente humano

Francisco A. Marcos-Marín\*

UNA mañana suena el teléfono. Son todavía esas horas en las que se oye el movimiento por los pasillos, la puerta de la calle se abre y se cierra cuando cada uno sale hacia el instituto, el colegio, el trabajo en el hospital. Es la hora del correo electrónico y las bases de datos, no es la hora de que suene el teléfono y un amigo, Jorge Urrutia, casi en el avión hacia París, nos comunique, pesaroso y lleno de preocupaciones por nuestra reacción, que, inesperadamente (casi siempre es inesperadamente), ha fallecido Emilio Alarcos. Un *flash* de la radio, confirmado en las noticias de las 9, de las 10, en el gabinete de prensa del Ministerio. Un ataque al corazón, un vacío, unas llamadas a los más cercanos, despertar a don Rafael Lapesa con esta noticia, porque esta mañana del 26 de enero, un lunes, ha sonado el teléfono y todos hemos sabido que hemos perdido, aunque todavía no podemos calcular cuánto.

\* Catedrático de Lingüística General de la Universidad Autónoma de Madrid.

## Biografía de urgencia

HACEMOS memoria y no hay memoria: Alarcos está ahí desde siempre, casi casi desde la escuela, desde luego desde el Bachillerato Superior, ni siquiera recordamos cuándo dejó de ser un nombre y se encarnó en nuestra vida de amigos, con su generosidad afectuosa. «¿Así que usted es el autor del “Alarcos”?» le preguntó un día una muchacha sevillana, o cacereña, una muchacha. El «Alarcos», tantos «alarcos», tanto para todos y tanto para España y el mundo hispanohablante, abiertos por él a nuevas dimensiones de la Gramática, recolocados por su esfuerzo en el mundo moderno de nuestra disciplina científica.

Nevaba en Madrid cuando sonó el teléfono y, en una parte de nosotros, sigue nevando, un lienzo blanco más, junto a otros lienzos del recuerdo: Américo Castro, Dámaso Alonso, Emilio Alarcos, una línea ininterrumpida de filólogos que gozaron también de la capacidad de crear, que colaboraron en la prensa y defendieron en los medios públicos de cada época sus ideas y creencias, que enseñaron lengua con la cátedra y con la pluma, como debe ser.

Todo escritor necesariamente tiene que interesarse por el instrumento que maneja, conocer sus posibilidades, saber las piezas que lo componen, las relaciones establecidas entre ellas, e incluso cómo introducir en él modificaciones, como cualquier artesano que trabaja con un útil o herramienta. Sin embargo, la lengua no es un martillo ni un berbiquí (aunque con ella se pueda en ocasiones machacar y perforar, y el mismo Clarín lo hizo a veces en su labor de crítico). La lengua se singulariza por ser no sólo un instrumento de comunicación y de expresión, sino también un resultado de esas operaciones. Con el martillo se clavará un clavo o se cincelaré un objeto de cobre, pero instrumento y resultado son objetos diferentes. La lengua es un instrumento, y el resultado de emplearlo, al hablar o al escribir, es también lengua, un producto que desde otros puntos de vista podemos considerar como una frase, un poema, un diálogo, una novela. (De «Clarín y la lengua», conferencia pronunciada en la cátedra Jovellanos, 31 de octubre de 1977.)

Nacido en Salamanca el 22 de abril de 1922, castellano y catalán, orgullosa combinación, catedrático de Instituto (Avilés, Cabra, Logroño), lector en Berna y Basilea, desde 1951 catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo. Hijo de catedrático de Instituto. Biografía y rima de coincidencias, vida de afectos. Gramático y crítico literario, preocupado por las nuevas corrientes de la lingüística, pero sin olvidar el *Libro de Alexandre* o Fray Luis o Blas de Otero, o Ángel González, necesidad

del estudio de la historia lingüística, pero versión al español moderno de textos medievales. Escuela de Menéndez Pidal: no hay Filología sin estudio lingüístico y éste queda incompleto sin la visión estética, sin lo literario. Punto personal, no hay ciencia sin referencia a la vida, a cada hombre.

Ese «ángel fieramente humano» que era Alarcos empezó, el 25 de noviembre de 1973, recordando, en su ingreso en la Real Academia Española, el aniversario de otro compañero, Ángel Guillén, un miembro del Seminario de Lexicografía que había participado con desigual fortuna en la lucha por la vida, cuya anatomía barrojana disecó Alarcos en páginas (¿cuándo no?) magistrales. De paso, revivió parte de la suya en «el todavía airoso Instituto Zorrilla de Valladolid: primavera avanzada, “gatillos” dulzarrones en las acacias, polvaredas de calles casi rústicas, delicioso frescor de la manga-riega. En un aula escalonada, desde la elevada tarima, preside el examen de ingreso un hombre enjuto, de tez olivácea, ojos buidos y profundos, leve sonrisa bondadosa: don Narciso». De Narciso Alonso Cortés, uno de sus antecesores en el sillón académico, recuerda «el discreto y picaresco sotorreír del maestro cuando nos leía la definición de “perro” en el Diccionario académico». Recuerda también que «muchos le llamábamos don Narcisín» y añade, en pincelada extraordinaria, que la mayor justificación del respeto que inspiraba «se justificaba... porque era de los escasísimos cate-dráticos que recalaban en el Instituto en automóvil particular, como se decía, y que nos parecía soberbio».

No otra tarima, pero sí una larga mesa, que nos separaba y nos reunió definitivamente en la tarea común, me sitúan en 1975, oposiciones a la Universidad de Zaragoza. Intenso frío en el Instituto de Santa Teresa, al lado del Café de Chinitas. El maestro, que preside, se protege con un periódico enrollado en las piernas y con mordaces comentarios sobre las dotaciones de calefacción para la Enseñanza Media, en los descansos entre los ejercicios. Un largo camino que me permitirá llevarlo pocos años después a Valladolid, que me acercará a Oviedo, que me hará amigo fraterno, Josefina mediante, más cercana en la edad y en el genio, siempre con respeto, siempre con humor. No hay Alarcos sin Josefina Martínez, la mujer que lo recuperó para la lengua española en momentos difíciles, que lo impulsó y lo sostuvo, que le dio la ilusión de Miguel y convirtió así —no encuentro otro modo mejor de decirlo— su otoño en primavera.

*Gramática Estructural, según la escuela de Copenhague, Gramática Funcional*, con la Fonología Histórica de la Lengua Española en espléndido capítulo. Hoy parece todo un camino de rosas; pero no fue así. La formalización de la gramática de Luis Hjelmslev, la Glosemática, parecía muy ajena a quienes

estaban más preocupados por vender libros que por desarrollar una disciplina de conocimiento. Todavía en los años universitarios, fines de los 60, ya publicadas obras de expresión formal mucho más compleja, como la chomskyana *Aspectos de la Teoría de la Sintaxis*, en la universidad madrileña, como en otras, era preciso discutir a Alarcos, vivir la incompreensión, como luego la viviríamos en el desarrollo de otras corrientes. Estábamos todavía lejos de lograr la plena integración de la lingüística española en las corrientes mundiales, esa estupenda síntesis que puede simbolizarse en la reunión Alarcos-Chomsky en Oviedo, el 1 de diciembre de 1992: el discurso de Chomsky encuadrado con un cordel azul y sello de lacre, *Año 501: Vino viejo en botellas nuevas*. Palabras de aplauso y de bienvenida del maestro español; pero «me quedo pensando en las palabras antiguas de Kohelet: "Lo que fue, eso mismo es lo que será, y lo que se hizo, eso mismo es lo que se hará; no hay nada nuevo bajo el sol"».

Premios, también jurado de los más importantes, doctorados honoris causa, distinciones, afecto público y respeto oficial, alguna espina, no menos por dorada: su *Gramática de la Lengua Española*, que no aparece como gramática académica, sino como colección en monovolumen, la defensa de las hablas asturianas en su variedad, en su libertad, frente a la intención artificiosa, unificación de burócratas del alma popular, las heridas de la Universidad, esos desvíos que son, injustamente, más difíciles de sobrellevar.

Emilio Alarcos ha sido capaz de realizar lo que sólo los grandes maestros han conseguido en la España de hoy, conjugar la creación de una escuela, un núcleo de discípulos directos e indirectos bien distribuidos por el mundo hispánico, con una notoria producción científica, vinculada a otros profesionales europeos de esa tendencia, la gramática funcional. Ha vivido para otros y ha resultado lícitamente beneficiado, sin ser ése su propósito. No ha rehusado ocupaciones como la presidencia de la Asociación de Historia de la Lengua Española, que le han procurado muchos quebraderos de cabeza, pero sólo la gratitud de todos nosotros para él. Sabemos bien que la presencia de Sus Majestades los Reyes en la inauguración de los congresos de la Asociación, con afectuosa atención, se debe tanto al interés de los monarcas por la lengua española como al respeto y el cariño que sentían por don Emilio y que se mantendrá en su memoria.

Quizá porque ese legado ha sido simple, se ha mantenido. Se apoya, como base, en los criterios positivistas que heredamos de los neogramáticos: el rigor del dato, la comprobación de los textos, la necesidad de contar con todas las variantes, sin preferencias geográficas o dialectales. Una vez alcanzado ese nivel de certidumbre, el paso siguiente es el de integrarlo en un pro-

ceso histórico, verlo a la luz de la diacronía, interrelacionado con el devenir histórico. Para —en mi caso y el de mis compañeros de Universidad— discípulos de «don Rafael», como él decía, a veces un tantico celoso, con un retintín especial, eso era tender un puente por el que “los lapesianos” transitamos con comodidad.

## Dimensión literaria de Alarcos

DE ahí a la necesidad de tener en cuenta también, junto a los datos y los aspectos históricos, los literarios, no hay más que un paso. Lo inició muy pronto, en sus *Investigaciones sobre el Libro de Alexandre* (1946), donde ya percibió, sin las facilidades que hoy nos da la Informática, que se trataba de una obra castellana, aunque conservada en manuscritos dialectales de distintas zonas, León y Aragón, muy posteriores al original. La filología, en el análisis del episodio de la guerra de Troya, se aproximaba a la estética, aunque el rigor de un ejercicio académico todavía mantenía embridada la imaginación. Cuando muchos años después, en condiciones metodológicas mucho más favorables, me atreví con ese texto extenso y complejo, no sentí invadido su terreno, como tantas veces sucede, sino que me animó con una generosísima reseña en *Insula* y con muy cordiales observaciones en deliciosas charlas; siempre era estupendo hablar con Alarcos. Con todo, el freno se le escapa algunas veces, por ejemplo, cuando comenta el desprecio de Henríquez Ureña por la capacidad versificadora del autor (las cursivas son suyas):

Precisamente *porque* —y no *a pesar de que*, como escribe H. Ureña— el autor del *Alexandre* proclama el principio silábico (estr. 2) «a sílabas contadas que es grant maestría», debemos pensar que el original del poema presentaba correctamente medidos sus versos. Además, creer en la irregularidad de sus versos como consecuencia de incapacidad técnica, es tener muy pobre idea de la mentalidad del escritor del siglo XIII: ¿sería tan inconsciente que defendiera la teoría silábica y luego no la llevara a la práctica? ¿Es tan difícil y requiere tan ímprobo esfuerzo medir dos hemistiquios de siete sílabas?

Ya no hubo bridas imaginativas en su estudio sobre *La poesía de Blas de Otero*, ni en sus trabajos sobre Ángel González, poeta preferido y amigo entrañable, ni al entrar en la Real Academia nada menos que analizando un

clásico barojiano: *La lucha por la Vida*. Ese acercamiento a los poetas y los creadores no es ajeno a su propio interés por la escritura. Hemos intercambiado en alguna ocasión los productos de nuestra musa, que él, menos incauto que quien aquí lo recuerda, se cuidaba mucho de enviar a la imprenta. Es cierto que preferíamos el intercambio de poemas cómicos y satíricos, en los que tenía una gracia especial, una mordacidad no exenta de ternura. Fue un hombre radicalmente tierno, al que siempre se podía acceder, bajo el disfraz de sabio, que se quitaba con el mayor gusto con cualquier buen pretexto (testigos, los comensales de las cenas finales de tantos congresos). Un ejemplo, de la serie *Homo hispanicus*, abundará mejor en lo dicho. El 5 de diciembre de 1980, su fecha, valga el dato para alguna diferencia, leve, que pueda haber con la situación de hoy:

*Homo hispanicus dominicalis*

Hechas las paces con el sumo ser  
y aplacado el afán de laborar  
diario, os aprestáis a descansar  
y en el rudo güiquén reverdecer.

Ponéis el cochecillo de buen ver,  
lo henchís de vituallas y hacia el mar  
con ansia os dirigís entre jurar  
y el claxon impaciente enronquecer.

¡Qué dicha! Galipote, brisa, ardor  
sorbéis en denodado ir y venir  
de la salada orilla al mostrador,  
y al declinar el sol, ihala!, a rendir  
—cansados de oro y gules sobre azul—  
la vuelta al hosco lunes. Bello albur.

Presencia del mar de Asturias, de sus gentes. Fue también un hombre leal a la comunidad que lo adoptó y que lo convirtió en asturiano de pro, no sólo consorte, y se comprometió con ella. Testigos muchos actos públicos, sus nombramientos de hijo adoptivo, primero, e hijo predilecto de Asturias, después, y dos volúmenes de artículos reunidos en su *Cajón de saetre asturiano*. Esa lealtad lo llevó al enfrentamiento con «los de la llingua», los partidarios de deshacer la riqueza de las variantes habladas, los *bables*, para inventar un macarrónico asturiano, una lengua pijama, de ninguna utilidad en cuanto se cruza la puerta de la casa, pero muy necesaria para quienes necesitan de los

subsidios y ayudas que la inconsistencia autonómica y las dudas de los políticos les garantizan. Enfrentamientos artificiosos los lingüísticos, pero fuentes de hondos conflictos, cuando se atizan sistemáticamente por quienes ambicionan el sitio del maestro, sin su conocimiento ni su trabajo.

La actividad pública, en su condición de prohombre, le procuró la invitación para leer el pregón de Semana Santa en Valladolid en 1993. Propuesta para otro insólita; pero no para él, capaz de resumir en una síntesis precisa una realidad sociológica especialmente clara en el mundo hispánico: «No todo el mundo es creyente, pero aquí hasta los agnósticos discurren por los cauces mentales y sensitivos del cristianismo... Todos esperan ingenuamente que el Padre cumplirá la súplica del Hijo y que todo les será perdonado porque no saben lo que hacen». Esa cómoda actitud no le valía: «Todavía, después de tanto esfuerzo, "tiene que ser el hombre más humano"».

«Meditemos –terminaba–. Sea con el anhelo del más allá, sea siquiera con la vista en este desquiciado más acá, procuremos que la Semana Santa, con sus auras purificadoras, purgue y reconforte nuestro pobre espíritu, ya estragado de tanto tráfago anodino y nimio.»

Su pérdida ha hecho este tráfago más anodino y nimio todavía; pero él, dentro de su cultivada evocación del humor de Groucho, o de su también picaresco sotorreír, «con sola su figura», nos ha dado, desde la ironía, el modo de superar ese dolor que ha traído la voz en el teléfono, al dejarnos un mundo mejor comprendido y más lleno de esperanza.